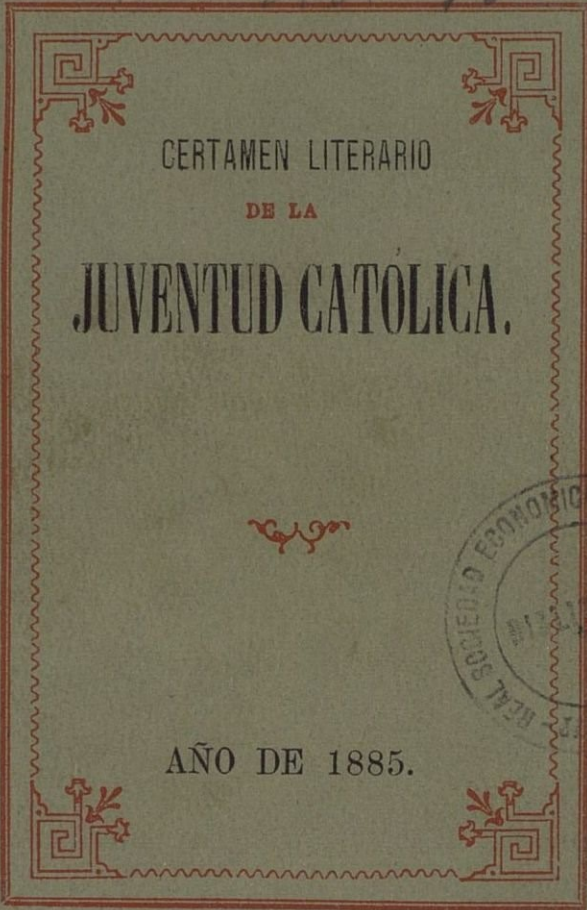


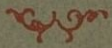
RSE M-90-16



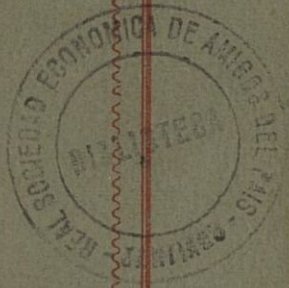
CERTAMEN LITERARIO

DE LA

JUVENTUD CATOLICA.



AÑO DE 1885.



IMP. DE ALENDE.



# DISCURSO

LEIDO POR EL SEÑOR

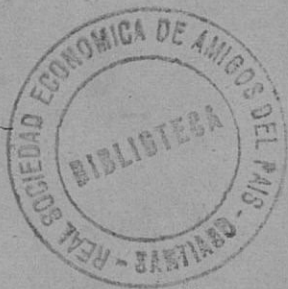
*D. Juan Barcia Caballero,*

Presidente de la Juventud Católica de Santiago,

EN EL

## CERTAMEN LITERARIO,

celebrado por dicha Academia el día 27 de Julio de 1885.



SANTIAGO:

Imprenta de Alende.

1885.



---

Hacmo. Señor: (1)

¡Y cuánto diera, Señores, por corresponder dignamente á las esperanzas de tan distinguido auditorio, á la solemnidad del presente acto, y á la altura del puesto á que, no merecimientos propios sinó ajenas complacencias me encumbraron! Cuánto diera yo porque en este momento se mudase y trastrocara mi humilde personalidad por otra grande y magnífica que pudiera ofreceros entre alardes de ingénio y gallardías de lenguaje cuánto yo adivino y deseais vosotros, algo original y nuevo, una labor de delicada filigrana en cuyos encajes luciesen engarzadas

---

(1) El Sr. Gobernador de la provincia que presidía el acto.

las más lozanas flores de la fantasía, un discurso en fin donde campeasen unidos en dichoso maridaje la galanura de la forma con el acierto del asunto!

Aspiración imposible es esta para quien carece de aquellas sutiles dotes de saber é ingenio indispensables para acometer y llevar á feliz remate tal empresa; que no bastan aquí los buenos deseos para que de suyo se consiga el ambicionado objeto. Por esta razón y dando de mano á cuantas ideas de alteza y encumbraimiento hierven en la mente, habré de contentarme con aparecer á vuestra vista tal como soy, pequeño y pobre, y del todo desprovisto de aparatosas vestiduras, circunstancias todas que hacen mi presentación más difícil y embarazosa.

Algo hay sin embargo que me favorece. Oscuro como soy, no soy por eso desconocido para vosotros; y sabeis de antemano que lo que me falta de ciencia me sobra de entusias-

mo, y que la poca inventiva la suple la mucha fé. Podrán por tanto mis palabras no ser tan armoniosas como yo quisiera, y estos párrafos que va dejando caer mi lábio, deshilvanados y lácios, no abundar en bellezas y primores que nadie más que yo aprecia y avalora; pero en ellos van retratados el entusiasmo que por el arte siento, y la fé que me anima á promover su culto.

No voy á hacer un discurso: no presumo de orador, que harto conozco que no están guardados para mí los lauros de la tribuna. Por eso no quise venir aquí confiado en dotes de que carezco á hacer un simulacro de oratoria que no podría tener siquiera la belleza de la ficción. Además de esto, los innúmeros trabajos que sobre mí pesaron impidieronme borrajear algunas cuartillas, cosa que se me alcanza algo más, donde pudiera exponer, bien ó mal y tal como sé, cualquier asunto literario ó artístico; y tan solo á última hora entre excesos de fatiga y faltas de descanso, luchando

con el cansancio que protestaba á su modo de la no acostumbrada vigilia, dejé correr la pluma y emborroneé estos apuntes, más dignos ciertamente de quedar olvidados en el fondo del pupitre que de ser exhibidos en tal lugar, y que tales como salieron, sin corrección y sin lima y aún casi sin haber leído os presento, no sin rogaros con todo encarecimiento que os olvidéis de la justicia para acordarme tan solo toda vuestra indulgencia.

Época especial es esta en que vivimos. No creáis al oírme esto que voy á repetir las gastadas diatribas con que no siempre fundadamente se la combate. Bien sé yo que como dice el poeta «cualquiera tiempo pasado,—fué mejor» que no en vano el alma, en són de protesta contra los mortales lazos que la atan á lo presente, sonríe á lo pasado y suspira por lo porvenir: esperanzas y recuerdos son la vida de la mente. Es lo cierto

que los tiempos todos mirados desde la altura de la Historia se parecen con monotomía desesperante; y bien puede decirse que conocida una época, se conocen las demás, repetición sucesiva de los mismos hechos, cuadros al fin del mismo panorama. *Hoy como ayer, mañana como hoy.*

No es esto sin embargo completamente exacto. Los hombres todos se parecen en el conjunto puesto que están vaciados en el mismo molde; y no obstante hay entre todos ellos diferencias radicales hasta el punto de no darse en la especie dos individuos iguales; no de otra suerte las brillantes cuentecitas de un kaleidoscopio, con ser siempre las mismas, dan con todo variedades poco ménos que infinitas.

Bien puede decirse que, á pesar de su innegable parecido, tiene cada época lo mismo que cada hombre, su fisonomía propia, que sirve para diferenciarla de todas las demás y que es como el sello que la distingue. Y á semejanza de lo que pasa en el rostro humano hay en el de los

tiempos un rasgo más saliente, una facción más pronunciada, característica por decirlo así de su personalidad.

No nos corresponde á los hombres de hoy pintar el retrato de nuestra época: para ello sería necesario que la viésemos en cierta perspectiva, y esto requiere que la contemplásemos de léjos.

Mas dejando á cargo de los venideros la facultad de retocar el boceto, bien podémos intentar el dibujo del perfil. Por lo que á mí toca antójaseme el rostro de nuestra edad movable y vago, limitado por líneas mal definidas, más original que correcto; la frente ancha y despejada como corresponde al génio, pero surcada de arrugas que acusan una prematura vejez; ojos inquietos, pero frios, boca bien cortada pero desdeñosa, y expresión inteligente, aunque poco apasionada. Y si no os parece extraño el símil compararé á nuestro siglo á un calavera distinguido que, habiendo recibido ricos dones de inteligencia y de fortuna, disipa unos y otros en frívolos placeres

ó en inútiles alardes en vez de dedicarlos á asuntos sérios y de importancia. Activo por temperamento y superficial por carácter intenta todas las empresas para no acabar ninguna, y trata todas las cuestiones para resolverlas sobre la marcha. Cual si llevase en su corazón la incesante voz del Judío Errante, su vida es una eterna peregrinación por todas las esferas de la actividad; mas no deteniéndose en ninguna va dejando por doquiera *cabos sueltos* que formarán al fin inestricable maraña. Él inventó el vapor que es la negación de la distancia y la consagración del cosmopolitismo: él inventó el telégrafo que es la negación de la ausencia y la realización de una nueva especie de uivicuidad; él inventó el periodismo que es la negación del aislamiento y la confirmación del continuo movimiento; y como en este inacabable ir y venir no le quedase tiempo para ser sabio y ser artista, inventó la ciencia popular que es la negación de la ciencia y el arte vulgarizado que es la negación del arte.

Detengámonos un momento. Una de las cosas en que más abunda nuestro siglo es en espíritu de propaganda. Si yo pudiese creer en la Frenología diría que tiene extraordinariamente desarrollado el órgano de la sociabilidad. Apenas aparece algo nuevo en política, en industria, en comercio, en filosofía, en ciencias, en artes, cuando apoderándose de ello ese afán insaciable de propagación, lo multiplica, lo esparce, lo difunde lo propaga, lo *vulgariza*: esta es la palabra. Y téngase en cuenta que la propaganda que nuestro siglo ejerce no es una propaganda cualquiera. No se contenta con la publicación de la noticia, con la relación del hecho, con la exposición de la doctrina, con la descripción del objeto; sino que quiere que esté en todas partes á la vez el objeto, el hecho ó la doctrina, la ciencia entera si á la ciencia atañe ó todo el arte si al arte pertenece. Y como esto no es posible tócale entonces á la industria el facilitarlo, contrahaciendo el hecho ó el objeto para propagar la ficción ya

que la realidad no sea, y poniendo así la ciencia y el arte —empleemos la frase sacramental— al alcance de todas las fortunas.

No parece á primera vista que esto sea pecado grave. Todo lo contrario: difundir la ciencia y propagar el arte; hacer que á todos nos lleguen los rayos de luz de la una y los purísimos destellos del otro, no es, no puede ser condenable. Nunca puede ser malo difundir el bien. Pero es el caso que esta difusión, por lo mismo que afecta á cosas de tan alta importancia y tan extensas de suyo, sí ha de ser completa y eficaz tiene necesariamente que ser lenta, que no puede crecer y desarrollarse en solo un día el árbol frondoso cuya copa se baña en el eter y á cuya sombra se cobija una generación. Mal se compadece tal lentitud con la actividad innata que incesantemente nos agita; y así como la industria agrícola, forzando el cultivo, nos ofrece por adelantado los frutos de la estación que ha de venir, aunque tal esfuerzo cueste á la planta la vida,

así también la industria científica, y valga la frase, encontró el medio de adelantar los conocimientos, siquiera sea á costa de la misma ciencia que trata de vivificar. Como lo largo y embarazoso de las demostraciones le estorvase, las suprimió de un golpe, quedándose únicamente con los hechos; y aún de estos dejó á un lado todos aquellos que le parecieron demasiado especulativos, y atendió tan solo á los de aplicación inmediata, buscando en la *utilidad* el criterio para apreciarlos. Hizo más todavía. La ciencia no es siempre risueña: más de una vez al encontrarse la inteligencia con la escueta verdad, no siempre en armonía con los expejismos de la imaginación, siente asperezas y aún amarguras, no del gusto de todas las voluntades. Pues también á esta dificultad ocurrió la industria, y para vencerla no tuvo reparo en desnudar á la noble matrona de su severo manto para vestirla el mas llamativo de la ficción. La ciencia no fué ya poca solamente, sinó que además estuvo disfrazada

da. Y con esto y con escudar tal procedimiento con el pretexto de la propaganda, hízose este nuevo milagro de los panes y los peces, siquiera los que reparte la industria sean panecillos de munición y peces de pasta flora.

Y así pudo suceder que apareciese de pronto y á manera de aluvión un ejército de *sábios* que con singular desparpajo hablen de todo y de todo juzguen; que acaso no sepan lo que dicen pero que dicen lo que saben porque acaban de leerlo en alguna novela científico-recreativa, ó en el último tomo de cualquier *Biblioteca* económico-universal. Y así pudo suceder que sin dejar de moverse incesantemente, el hombre de este siglo adquiriese esa cultura superficial de que tanto nos alabamos, especie de barniz que oculta lo tosco del pulimento, que se descascarilla con facilidad grandísima, pero que en cuanto eso no acontece brilla, y luce..... y triunfa á veces.

Vengamos al Arte. Algo parecido sucedió con él. Ya que todos éramos sabios ¿por qué no todos

habíamos de ser artistas? Por análogo mecanismo nos proporcionó la industria una *tintura* de letras y de artes: con la cual pudimos hembraarnos y hablar de estas cosas. Pero no bastaba esto. Si para fingirse sabio podía bastar el tener libros, aunque fuesen *económicos*, para aparecer artista era necesario tener objetos de arte: nuestra vanidad, ya que no nuestra pasión estaba en ello interesada. Y aparecieron entónces las estatuillas de yeso y las molduras de cartón-piedra, y las oleografías y los cromos, y los bronce*s de imitación* y los mármoles artificiales; y cualquier honrado ciudadano que sintió arder en su mente el fuego.... fátuo de este nuevo arte pudo, con poco dinero y ménos trabajo, tener en su casa un museo.... de baratijas.

Hablémos en sério. Tal vez creais que al hablar así quiero combatir ó ridiculizar los productos de que la industria moderna con tanta razón se envanece: nada más léjos de mi ánimo. No me guía ahora ni nunca, antipatía sistemá-

tica contra mi tiempo, que no es seguramente el mejor de los habidos; pero tampoco el peor de los que forman la larga cadena de la Historia. Admiro y aplaudo como el que más esa prodigiosa facilidad con que el industrialismo fabrica juguetes de las que son obras maestras de la humanidad; y creo y confieso que al hacerlo, hace un bien positivo que se le debe agradecer. No está el mal en que eso se haga. El mal está en que no nos contentamos con esto, sinó que dislocando los conceptos y cambiando las palabras tomamos el *artificio* por el *arte*, creemos que es *ciencia* la *industria*; y así como seducidos por la apariencia damos al yeso el valor del mármol y reputamos lienzo inestimable el que sólo es cartón impreso con colores; así también (y por sólo estos motivos que no son razones) nos creemos sabios ó artistas porque sabemos de memoria cuatro nombres y cuatro fechas. No de otra suerte el inmortal Manchego diputaba yelmo de Mambrino lo que solo

era bacía de barbero. ¡Y qué espuestos estamos, Señores, á convertirnos todos en Quijotes!

Esta exageración, más bien, está equivocada manera de ver las cosas y apreciarlas, es lo que yo combato y lo que creo que debe combatirse con energía. Hace mucho ya; espiraba el siglo pasado y con él también agonizaba un hombre que sin haber pertenecido ni á los primeros escritores, ni á los primeros poetas, hizo no obstante una obra que bien pudiéramos llamar grande por la hermosa intención con que está escrita; obra que apesar de lo estimada que es por cuantos entienden de achaques literarios, no es quizá completamente comprendida, teniéndosela más bien por cosa festiva y alegre que por importante y trascendente. Aquel hombre era Cadalso; su obra *Los eruditos á la violeta*. Trázase en ella con segura mano y con severo é imparcial juicio el cuadro que ofrece esa ciencia superficial de que ahora vengo hablando, cuadro que aparece risible á primera vista, pero que tiene un fondo

lastimoso y amargo. Pasaron ya cien años desde entónces y sin embargo hay allí rasgos y pinceladas que bien pudieran servir para el tiempo presente.

...Empeño raro es á mi ver el que tenemos hoy dia por trastornar el sentido de las palabras. Entendemos que propagar el arte es lo mismo que imitarlo ó contrahacerlo: y atentos sólo á satisfacer ese desmedido afán de vulgarización de que ántes hablaba, creemos que profesar el culto del arte es multiplicar en todo tiempo y lugar tales imitaciones. Yo no sé. Señores, si me tachareis de exagerado por lo que voy á decir: acaso ello tenga algo de platonismo sutil que choque con el vulgar sentir de las gentes, pero puedo aseguraros que lo siento como lo digo. A mí se me antoja que ese prurito de llevar el arte á todas partes y siempre, tiene algo de irrespetuoso para el arte mismo. Pronunciaré la frase que está palpitando en mis labios: creo que vulgarizar el arte de ese modo es prostituirlo: creo que parecería el arte

el día en que todos fuésemos artistas, como moriría la ciencia cuando todos fuésemos sábios, como se acabaría la Religión si todos fuésemos sacerdotes.

Y la tendencia de ese vicio, permitidme llamarle así, la tendencia de ese vicio artístico es precisamente esta; que en fuerza de oír repetir la palabra arte por doquiera y venga ó no á cuento: que en fuerza de manejar esos juguetes artísticos, que no otra son aquellas imitaciones, nos suceda lo que al ricazo de la fábula, que se creyó erudito porque aprendió de memoria los tejuelos de sus libros falsificados.

Pero donde es más perniciosa la influencia de tales ideas es en la literatura. Hoy todavía no somos todos artistas; pero casi, casi ya somos todos literatos. Gracias á las demolidoras teorías predicadas por cierta secta, váse ya creyendo hoy que la inspiración es un mito; el númen una antigüalla, el estro una ridiculez y la fantasía un absurdo; y por tanto el *oficio* de literato es ya compatible con todos los demás. Y no se trata

aquí de que se escriba mucho, ni de que escriban muchos; que mucho puede escribirse bueno y muchos pueden escribir con acierto, si cada cual escribe de lo que entiende y de lo que sabe. Se trata aquí del desmedido afán que parece haberse despertado de pronto á practicar las bellas letras, del prurito de hacer profesión en la noble orden de la literatura. No parece sinó que anda en el aire algún animalejo microscópico, de esos que tanto privan hoy, que introduciéndose en la sangre produce en ella una fermentación especial cuyo primer resultado es el plan de una novela, género tambien de moda, con su finalidad filosófica y todo. Y como la tal influencia á todos nos alcanza á todos nos llega tambien la enfermedad.

Y acaso parezca que estoy ahora á cien leguas de la cuestión que traía entre manos, pero no es así. En el capítulo de las vulgarizaciones ¿se quiere acaso vulgarización mayor que esta que nos lleva derechamente al socialismo literario? Por este camino ¿á qué otra cosa podemos as-

pirar más que á la repartición de ideas? Yo no pretendo que los literatos constituyan un gremio aparte fuera del cual sea un crimen escribir; yo no aspiro á depositar el monopolio de las letras en una clase privilegiada; pero intento combatir el extremo opuesto; quiero protestar contra ese industrialismo de nuevo género que, á pretesto de enseñar deleitando, se empeña en hacer una especie de amalgama artístico-científica, y científico-literaria capaz de dar al traste con el arte y con la ciencia.

Bien sé yo, Señores, que esto que voy ahora diciendo está ya dicho y repetido en todos los tonos: tan repetido y tan dicho, que por decirlo yo una vez más habeis de tacharme de vulgar: á mí que estoy combatiendo las vulgaridades. Pero así como acontece en la Higiéne,—y no os extrañe que vaya á buscar el simil en la noble profesión que ejerzo—que los más triviales consejos son los que más hay que inculcar y repetir, no por triviales, sinó por importantes aún-

que humildes, así tambien hay muchas calamidades que no juzgamos tales por habernos habituado á su presencia, ó por aparecer á nuestros ojos en forma suave y mitigada, sin que por eso sea menor el extrago que producen. Y como esta que voy examinando está tan en armonía con la manera que ahora tenemos de ver las cosas, ó sea con el indicado afán de entender de todo, adquiriendo sin trabajo ese barniz científico, por eso mismo, lejos de mirarla como plaga destructora, pudiera suceder que se nos antojase remedio eficacísimo. Hé aquí por qué aún á riesgo de desagradaros, creí oportuno decir lo dicho.

Basta. Vuelvo ahora la mirada atrás y casi no veo el camino que hasta aquí me trajo. Viajero descuidado, internéme en selvas y florestas sin parar mientes en los lugares que al acaso recorría, no ciertamente en busca de aventuras como andante caballero, pero tampoco muy seguro de la senda que seguí. Hagamos aquí punto.

que si todo trabajo largo fatiga, aunque sea bello, mucho habrá de fatigar este mio por insulso y desmañado. No quisiera que se creyesen mis palabras exageraciones de soñador: yo no aspiro á realizar imposibles. Bien se me alcanza que en la unidad armónica que en el universo impera, las diversas esferas de la actividad pueden compenetrarse sin destruirse, que en eso estriba el admirable equilibrio que por doquier nos asombra. Bien sé que la ciencia y el arte pueden aunarse, como se unen el hombre y la mujer para formar una familia; pero así como esta unión no destruye la personalidad de ninguno de los dos, tampoco aquella para ser fecunda puede producir un ser híbrido, fusión burlesca de las propiedades negativas de ambos. Y así como en la familia el hombre debe conservar siempre su virilidad y la mujer su ternura, así la ciencia debe ser la eterna depositaria de la verdad, y el arte, el soberano eterno de la belleza.

HE DICHO.

## ADVERTENCIA.

---

*No debiera publicarse este discurso. Escrito en poco más de tres horas, sin plan ni método preconcebido, y para salir tan solo del apuro del momento, no se me oculta que, además de lo desaliñado de la forma, contiene afirmaciones y sentencias que pecan de desenfadadas, y que merecían lima y pulimento. El empeño de mis amigos, harto bondadosos para ver bellezas donde solo hay defectos, es causa de que salga á luz. Al hacerlo no quise variar en el borrador ni una sola palabra, para conservarle de este modo el único valor que puede tener, el de ser una verdadera improvisación.*

*J. B.*





